

UNIVERSIDAD CENTRAL
FACULTAD DE ARQUITECTURA, URBANISMO Y PAISAJE
CENTRO DE ESTUDIOS ARQUITECTÓNICOS, URBANÍSTICOS Y DEL PAISAJE



DU&P

DISEÑO URBANO Y PAISAJE

Bize Javier

**Hacia la búsqueda de un nuevo sentido
en el proyecto de arquitectura**

Revista Electrónica DU&P. Diseño Urbano y Paisaje Volumen V N°13.
Centro de Estudios Arquitectónicos, Urbanísticos y del Paisaje
Universidad Central de Chile.
Santiago, Chile. Abril 2008

HACIA LA BUSQUEDA DE UN NUEVO SENTIDO EN EL PROYECTO DE ARQUITECTURA

JAVIER BIZE

RESUMEN

El autor plantea un serie de interrogantes surgidas desde la introspectiva razón del porqué, para qué y para quienes proyectar o "crear" espacios de habitabilidad humana. Desde el propio curso de su pensamiento el autor abre preguntas para la teoría arquitectónica y sondea en las motivaciones del proyecto y en el preponderante rol del arquitecto. El lugar se presenta a su mirada como el hecho fundamental en el proceso generativo del proyecto.

*Habitabilidad / proyecto de arquitectura /
arquitectura moderna / construcción de lugar*

ABSTRACT

The author expounds a series of queries arisen from the introspective reason about why, for what, and for whom to project or to create spaces of human habitability. From the own course of his thought the author opens questions for the architectonic theory and drills in the motivations of the project and the preponderant roll of the architect. The place appears to his look like the fundamental fact in the generative process of the project.

*Habitability / architectural project / modern
architecture / place construction*

Se podría decir que nuestra época ha sido pródiga en la producción de cadáveres.

El cadáver del arte, el de la arquitectura, el de los grandes metarelatos, el de la historia, el cadáver del sujeto, y obviamente el más importante: nos han tirado a la cara el cadáver de Dios.

Se podría, entonces hacer comparecer nuestra historia actual, como el proceso constante de asesinatos progresivos. Pero no solo eso, además se nos ha obligado a cargar con nuestros cadáveres, a llevarlos a cuesta con nosotros, como testigos de nuestros actos. Y hoy nosotros, herederos de todos esos crímenes, nos encontramos en el doloroso proceso de aceptación de todas esas muertes. Pero una aceptación que no implique necesariamente la mudez y la inmovilidad como única posibilidad. Por el contrario,

sugeriría, la recuperación de la experiencia; no la experiencia originaria, si no aquella que posibilite la “apertura”.

Esta apertura pondría en escena también, la posibilidad de la construcción y de la negación de aquello que ha sido aceptado institucionalmente. La apertura, en cuanto a lo que al proyecto de arquitectura concierne, supone un replanteamiento de lo que ha sido considerado como su sustento. En realidad, no del sustento del proyecto, si no mas bien de la cualidad de ese sustento, vale decir, la *construcción de lugar*.

La verdad como sentido y el sentido como construcción de lugar, en donde la construcción de lugar es precisamente esa construcción de sentido, en su acepción más amplia, aquello que articula, en verdad aquello que permite y relaciona esencialmente al hombre con la tierra: *el modo de habitar*, de la construcción de mundo, siendo el lugar en sí, también una construcción. Dicha construcción sería: *el proyecto de arquitectura*.

De acuerdo a lo planteado anteriormente cabe preguntarse, ¿cuál es la verdad del proyecto de arquitectura que construye el habitar del hombre?, ¿de qué debiera hablar el proyecto para hablar de verdad? ¿De qué debe dar cuenta el proyecto de arquitectura para construir sentido? Si el proyecto da cuenta del cómo el hombre habita, ¿Cuál es la relación Proyecto-Hombre? O mejor: ¿cuál hombre? ¿Será posible plantear algo así como el sentido del proyecto de arquitectura? Y si así fuese, ¿de qué categoría de sentido estaríamos hablando? ¿El sentido como concordancia, como desocultamiento, como posibilidad, como verdad?

Lo que entenderemos o aproximaremos a una interpretación del sentido del proyecto es un aquello que se hace cargo del habitar del hombre.

El presente trabajo pretende bosquejar y aproximarse hacia el arte de proyectar en la arquitectura, que surge después del agotamiento **del proyecto moderno** y también de lo que he llamado **la disolución de la arquitectura**, propiciado por aquellos que han propuesto una autonomía del objeto proyectado.

La postura central que recorre mi planteamiento, es que siempre, el proyecto de arquitectura está íntimamente ligado a una concepción específica de sujeto para quién se proyecta. Aún en el caso que se quiera negar dicho sujeto.

De eso da cuenta precisamente el desenvolvimiento del llamado Movimiento Moderno, pues en la concreción de sus proyectos construye ante sí, una imagen de hombre bastante específica y por consiguiente el sentido del proyecto se hace cargo de esa imagen.

Con el agotamiento del proyecto Moderno, lo que se agota es la imagen del hombre, como una suerte de “disolución del sujeto”, lo que ha sido retomado por el proyecto de arquitectura en su autonomía.

Para comenzar analizaré globalmente **“la institución dominante”** de la arquitectura en su desarrollo durante el siglo veinte, desde el punto de vista de **“aquél que habita”** las obras, es decir, se ha partido de la premisa que la obra de arquitectura siempre ha tenido un destinatario, *un alguien para quién ser*, y que ese alguien ha definido el **tipo** de obras.

He usado a propósito el término tipo, y no estilo, por cuanto no pretendo hacer un análisis estilístico de las obras modernas, sino más bien, vislumbrar las respuestas arquitectónicas que han tenido lugar a través de ese siglo, confrontándolas con una concepción específica de aquél que las habita. Cabe preguntarse si es que las obras de la *institución dominante* de la arquitectura en el siglo veinte están íntimamente relacionadas con una concepción de *aquél que las habita*.

Además y como corolario, pretendo esbozar, cual puede ser el camino actual, que podría seguirse en arquitectura para ser consecuente con su vocación de *cobijar el habitar del hombre*. Destino con el que ha estado ligada desde que el primer hombre construyó el primer signo materialmente sensible en el espacio y *arquitecturizó* su entorno para hacerlo conocido y sentirse perteneciente a su mundo circundante.

La posición de este trabajo, a la luz del desarrollo de la arquitectura del siglo veinte, se expone críticamente con aquél desenvolvimiento, puesto que el propio acontecer de la historia demostró el fallido intento que pretendió el quehacer de *arquitecturizar*. Se critican además, los hechos arquitectónicos que acontecieron, una vez que esta *institucionalidad* se desmoronó y se demostró así misma como incapaz de cumplir con aquello que se había propuesto. Vale decir, aquella respuesta suscitada tras la caída de la institución, también será revisada críticamente y expuesta como una respuesta que es incapaz de validarse, puesto que desconoce abierta y concientemente uno de los pilares centrales y fundamentales en los que tiene su origen el quehacer de la arquitectura.

El hombre se transformó en un habitante de esta Tierra, la arquitectura es quién lo ha acompañado, pero no solo eso; **la arquitectura es quién lo ha hecho un habitante de la Tierra**. Por consiguiente, el destino de la arquitectura y del hombre ha estado desde los primeros tiempos unidos, entablando una relación simbiótica en que no es posible vislumbrar a uno sin la otra.

La Obra de Arquitectura, en cuanto obra misma, entra entonces en una relación radical con la vida materializada y que se yergue sensiblemente en un tiempo y en un espacio determinado. El hombre no *puede desprenderse* de la obra de Arquitectura, puesto que ella es el modo espacial que el sujeto tiene de relacionarse con el mundo. La Obra de Arquitectura no es un *algo* aparte de la relación del hombre con el mundo, es en donde se funda esta relación.

Aún cuando es posible, que la Obra de Arquitectura contenga cada uno o la totalidad de estos aspectos, el verdadero valor de *ella* consiste en la *unimismidad* con el Hombre, estableciéndose entre ambos una relación unívoca.

Toda obra de arquitectura, o *hecho material*, está fundada en un pensamiento estructural y que es en definitiva su verdadero soporte. Por consiguiente, en ella se pone de manifiesto esta tensión: por una parte toda obra es un pensamiento; o sea en su gestación recurre a un mundo de ideas, concepciones, utopías, ideologías, sueños, etc. propios del autor, pero por otra parte, *este pensamiento* se hace materialmente sensible y en ese *hacerse sensible* se somete a las leyes propias de la disciplina, o sea al rigor de una realidad material que se funda en un espacio específico y en un tiempo determinado. Una vez realizada la obra, es decir erguida en el espacio y en el tiempo, adquiere vida propia, independiente del arquitecto, pasando a ser ella una *presencia* de acontecimientos en tiempo presente, la que actúa en el mundo y la que nos impresiona.

La obra, una materialidad sensible, que supera su propia materialidad, en cuanto ella misma no es sino un pensamiento edificante. En el edificio existen pensamientos *objetivos* capaces de operar desde la materialidad propia de la obra hacia el sujeto activo con que se relaciona conscientemente. Es decir la arquitectura, en cuanto *obra erguida*, vale por sí misma y acontece en "ella misma", por cuanto el usuario no requiere de ningún conocimiento previo a su relación con la obra, de todas las concepciones que la hicieron posible, para que ésta, en cuanto fenómeno, se le manifieste y le impresione.

En la Obra de arquitectura es posible adentrarse en su lógica interna partiendo de la obra misma. Todo debe estar allí. De nada nos sirven los discursos de los arquitectos en torno a su obra, si éstos no han quedado pregnado en ella. Por eso los arquitectos no debemos hablar de nuestras obras, sino que debemos hablar a través de nuestras obras, o mejor aún, nuestras obras deben hablar por nosotros.

Entonces comparecen dos realidades, que en última instancia se presentan en solo una, que es material y sensiblemente concreta. Por una parte, el arquitecto, aquel que proyecta mas allá de sí, una realidad inexistente, y que en ese proceso utiliza todo su universo conceptual, de creencias e ideologías, de sueños y utopías, y por otra; una concreción material, que en un doble juego de paradojas, ahora ella se presenta como el soporte concreto de todos esos pensamientos, que han quedado impregnados en la realidad espacial de la obra.

De esta manera en la Obra de Arquitectura comparece una concepción del modo de habitar, y más concretamente el modo de *un hombre* que habita, o sea una concepción *del hombre*.

Obviamente esta concepción específica *del hombre que habita* no es una *idea*, por así decirlo, subjetiva del arquitecto, al contrario forma parte de un universo más global y pregnante que involucra todo una quehacer que se hace histórico concretizándose en el devenir propio del proyectista como sujeto integrado a un sistema de lengua dominante.

Pero de acuerdo a esta relación tan especial y unívoca OBRA - HABITANTE, ésta para cumplir con su *ser obra*, debe por así decirlo, relacionarse con aquél pre-cisamente como soporte de un soporte que el propio habitante ha definido en cuanto su relación con el mundo que desea fundar.

Si esta especial relación no cumple con ser la concreción material de un pensamiento que corre por la biografía de la humanidad haciéndose cargo, en la realidad histórica, de la evolución del Yo dentro del sujeto, entonces se podrá hablar de un Objeto de Diseño, pero no de una Obra de Arquitectura.

He ahí la tremenda responsabilidad de la Obra de Arquitectura, que en el pasado si supo hacerse cargo de su papel como entidad que fundaba realidades que no eran sino la misma experiencia de la relación del sujeto con el cosmos.

La historia de la Arquitectura puede ser leída como la relación interna existente entre la incorporación de la individualidad al hombre y los edificios que fueron capaces de sostener materialmente esta relación.

Entonces la Obra de Arquitectura, hoy se nos presenta como una posibilidad **sensible**, **material**, de ser soporte concreto para el pleno desarrollo de aquello que en esta época

aparece como lo más específicamente humano del ser; esto es, su capacidad de lograr grados de libertad creciente.

Las obras, en la historia de la arquitectura, siempre estuvieron, fundamentalmente hasta principios del siglo veinte, regidas, o más bien, enmarcadas dentro de un ámbito conocido y seguro; guiadas por la tradición, desde donde encontraban su lugar con leyes definidas y claras para su propio desenvolvimiento. De este modo, historia y tradición eran los pilares fundamentales en los que se sustentaba el quehacer arquitectónico. Los modos, estilos y tipos que se desarrollaban, eran la correspondencia del habitante y su historia inmersos en paisajes culturales específicos.

Sin embargo, esta cadena unida a la tradición, en que cada eslabón se enlazaba con su antecesor y con el que le sucedía, fue abruptamente rota en los inicios del siglo veinte.

A la luz de lo acontecido con posterioridad a estos hechos surgen dos interrogantes que servirán de guía para las proposiciones de este trabajo:

- 1.-Aquello que desencadenó el movimiento rupturista de principios del siglo veinte, superó con creces lo que sus propios creadores imaginaron. Las dimensiones de los acontecimientos posteriores así parecen demostrarlo.
- 2.-Lo sucedido a partir de principio del siglo veinte y los hechos posteriores han sido necesarios y fundamentales para que hoy se pueda hacer una proposición como la que pretendo realizar en este trabajo.

El Sujeto del Proyecto de Arquitectura del Movimiento Moderno.

“La casa una máquina para vivir” Le Corbusier

Esta famosa sentencia del gran arquitecto suizo, y tal vez quién con mayor fuerza y profundidad marcó el quehacer de las futuras generaciones de arquitectos, revela sin ninguna consideración ni tapujo el principio sustentador del pensamiento que dominaba el quehacer del llamado **movimiento moderno o racionalista** en la arquitectura de este siglo.

Nos interesa resaltar la concepción de usuario que recorre esta sentencia, y que fue capaz de validarla y ser sustento de todo un movimiento que pregnó la historia de la arquitectura de este siglo.

El *movimiento moderno*, término acuñado por este movimiento, que produjo en la arquitectura un cambio radical y un corte sin precedentes en toda la historia y con toda la historia, se instala a principios de siglo con una propuesta nueva y novedosa, que rompe con la tradición imperante y que pretende *fundar*, el nuevo orden espacial, de acuerdo al nuevo orden pensado por las utopías *racionalistas* y que sueñan con el progreso ilimitado basado en la capacidad de la razón, que sería capaz de reducir a un modelo, a un proyecto autónomo las relaciones del hombre consigo mismo y con los demás hombres.

Es propio y fundamento de este movimiento, el rompimiento con toda la tradición de la academia, con todo aquello que había sido el sustento básico del quehacer de la disciplina.

El deslumbramiento ante los nuevos materiales y las nuevas tecnologías descubiertas, que comenzaron a utilizarse en la construcción - el hierro, y fundamentalmente el hormigón armado - como también los procesos tecnológicos que condujeron a la industrialización de la construcción, (lo que produjo la estandarización de los elementos), acentuaron la idea de progreso ilimitado y de capacidad ilimitada, de los arquitectos, para solucionar los problemas de habitabilidad imperantes y que no eran sino el residuo, la huella dejada por siglos de dominación de las clases dominantes, cuestión que el movimiento moderno - según su propio planteamiento - sería capaz de resolver.

Sería capaz de llevar su utopía a todos los confines de la tierra. De dar morada a aquellos postergados, que a través de la obra de arquitectura, serían incorporados dignamente al proceso socio-cultural que nacía con una fuerza avasalladora, en donde se centraban las esperanzas del nuevo orden.

Y sin embargo, aún cuando su principio básico era la de la *fundación permanente*, en su desarrollo histórico, el propio movimiento fue convirtiéndose en una academia, con postulados y principios que comenzaron a ser transmitidos, y que tuvieron el peso de una institución.

Se crearon cánones que fueron repetidos en todas las latitudes por los diversos arquitectos, sin importar la lugaridad donde se imponía estas obras - *objetos* -, rompiendo de este modo con el sentido de pertenencia con una territorialidad, que habían tenido tradicionalmente las obras.

Obra y lugar, obra y contexto, siempre habían sido inseparables unidades que constituían una unidad en sí.

O sea el impulso inicial, la creación fundacional permanente, quedó relegada a una serie de principios dogmáticos *del como y que hacer*, que fueron aplicados en diferentes culturas, tanto que también se denominó a este movimiento como **International style**, como una ideología de la igualdad, basada en la orgullosa utopía de creer que el conocimiento racional le daba las garantías necesarias para *solucionar* los enigmas de la vida del hombre.

Paradójicamente *el movimiento moderno*, llamado a romper con las tradiciones, impuso una tradición que precisamente se contrapone contra toda modernidad; esto es volver a una **verdad universal institucionalizada**.

Tal y como en el medioevo, fue la Iglesia la depositaria de toda verdad, y los hombres meros consumidores de aquello que la autoridad definía, en *el movimiento moderno*, el mismo se auto yergue como la Institución poseedora de toda verdad, relegando una vez mas al individuo a una categoría pasiva, de consumo del programa institucional.

La modernidad repitió el esquema totalizador, que pretende tener un único proyecto **cósmico - universal** para todos los hombres, como si todos los hombres fuéramos depositarios de una única corriente espiritual, y no estuviésemos cruzados por la individualidad que nos hace diversos.

El movimiento moderno, en su falso afán democratizador, nos quiso una vez mas rebajar a una categoría de falsa igualdad y por consiguiente de masificación y pérdida de nuestro más grande valor, la categoría de individuos libres. Y la obra de arquitectura fue

absolutamente consecuente con este planteamiento, llevándolo incluso hacia una terrible radicalización.

De este modo, el arquitecto se transformó en el sujeto institucionalizado poseedor de toda verdad y conocimiento acerca del modo de habitar, cuyo fundamento está en considerar la obra como una extensión de los principios de la razón, tanto que también el movimiento moderno ha sido concebido como “**racionalismo**” o “**funcionalismo**”. Así el arquitecto, se constituyó en sujeto y la obra en objeto.

Los criterios adoptados por la Bauhaus, y especialmente a partir de la primera gran guerra, el desafío del diseño fue la creación *de lo mayor con lo menos*, todo el ámbito creativo fue impregnado por la categoría de **lo útil**, entendido éste término como lo superlativo, la máxima aspiración. Nunca más a lo largo de este siglo, la obra de arquitectura logró zafarse de la realidad que debía tener un fin útil, por consiguiente todos los esfuerzos fueron canalizados hacia la obtención de este fin.

Pero este principio de utilidad, fue reducido, o tal vez sea inherente a él, a una categoría racional omniabarcante, que redujo a su vez a la obra de arquitectura a un objeto útil.

De este modo la obra de arquitectura se separó de su esencia, dejó de ser arquitectura y pasó a ser solo diseño, un objeto en sí, con su propia categorización estética, donde lo bello - palabra puesta en desuso por este movimiento, y declarada proscrita - era aquello que expresaba la función para la cual había sido diseñado el objeto, o sea belleza como mimesis de utilidad.

La obra de arquitectura se separó del usuario y comenzó un camino que se vinculó con el diseño y sus propias teorías, mas que con la relación inherente obra - vida.

La Obra de Arquitectura entendida solamente como una posibilidad de poner sensiblemente una especial teoría, relegando al sujeto destinatario a la categoría de consumidor experimentador de ésta. Entonces se habló del **Objeto Arquitectónico**, que comenzó a tener un valor autónomo, quedando la ciudad - una experiencia esencialmente humana - como depositaria de estos modelos inertes, consiguiendo traspasar a ésta su categorización objetual: la famosa fragmentación espacial de la ciudad de acuerdo a su *funciones*: espacios para *vivir*, espacios para *trabajar*, espacios para *recrearse* y vías de *circulación*. Toda una abstracción teórica de lo que en verdad acontece en las ciudades.

Nunca mas se habló de ciudad como un fenómeno de presencia viva, donde precisamente su característica es la yuxtaposición de diferentes relaciones que diversifican el acontecimiento.

El valor de lo diverso, fue considerado anatema, y se glorificó lo igual, ya que -en su ingenuidad - planteaban haber alcanzado el *modo* de realización y por lo tanto, este *modo* debía de ser implementado para beneficio de la humanidad completa.

El oficio del arquitecto, el mismo arquitecto lo rebajó a un carácter de experimentador individual, olvidando que la obra debe nacer como una posibilidad real y concreta de ser la materialización sensible de un pensamiento que nace desde las profundidades del sujeto.

El arquitecto, se consideró a si mismo como el único sujeto. Solo, autonomamente, se creyó con la autoridad de crear un nuevo *usuario*, rebajado a la condición de objeto consumidor de un otro objeto que se le presentaba y con el cual él debía relacionarse.

Desde esta perspectiva es factible preguntarse entonces por la categoría del destinatario, de aquel para quién se pensaba la Obra.

El destinatario de las obras de arquitectura del llamado movimiento moderno, o racionalista o funcionalista, fue precisamente un sujeto reducido a una categoría medible, cuantificable, experienciable solamente con aquello que es posible de ser reducido a modelos de comportamiento.

Dentro de este proceso, este destinatario, en verdad ha sido tratado mas bien como **objeto**, un destinatario sin rostro que es capaz de absorber todas y cada una de las investigaciones propuestas por los arquitectos en sus obras.

Un sujeto rebajado a la categoría de objeto. Por eso no debe extrañar la pérdida de dialogo de las obras de arquitectura y los usuarios, ya que son considerados ambos - obra y usuario - objetos dentro de una trama que los ignora como sujetos trascendentes, transformándolos solo en sustentadores de una teoría puesta en práctica en la obra.

El espacio fue ordenado *racionalmente* para que cumpliera *funciones*, categorías impuestas por un modelo que consideraba al hombre como un objeto de consumo de una ideología, que paradójicamente, al menos en sus manifiestos, pretendía ser la expresión espacial de la verdadera armonía en el habitar.

Precisamente esta ideología - el movimiento moderno - autoglorificado como aquél que redimiría y salvaría al hombre de las cadenas impuestas por las fuerzas dominantes y represivas, fue quién redujo al sujeto a una categoría objetual, impidiendo toda comunicación, de hecho rompiendo, toda posibilidad de comunicación, no tan solo sujeto - obra, sino que esencialmente sujeto - sujeto, lo que llevó a la mas absoluta soledad de aquél que se encontraba sumido entre unas paredes que en teoría le iban a criar como un hombre nuevo.

Estas Obras, podrían estar proyectadas como verdaderos objetos de arte, válidos en si mismo, pero en su acontecer histórico, quedó comprobado que no tenía cabida la vida en ellas.

El hombre no es un sujeto reductible a medidas y funciones, programadas y especificadas de acuerdo a un orden, no es un sujeto reductible a nada, más bien parece ser que requiere del desorden.

Sin embargo la fuerza de los hechos fue quién se volvió en contra de aquellos postulados que pretendían la *utopía universal*, como aquella capaz de resolver todos los enigmas propios de la vida. La modernidad pretendió reducirlos a fórmulas, modelos, esquemas sin considerar lo irreducible que es aquello que pretendían reducir.

La modernidad no fue *moderna*, al no aceptar la individualidad y con ella su característica de diversa que posee la vida, sino que por el contrario, fue absolutamente reaccionaria - antimoderna - al pretender construir la utopía de la masificación universal como dogma institucional propio y tratar de imponerlo como única alternativa posible de solución a los

problemas del habitar. Y fue precisamente, este sujeto, al que trataron de reducir a funciones programáticas, el que se reveló contra la realidad de los postulados, que pretendían liberarlo. Al principio, su rebeldía fue ingenua, solo tratando, a través de pequeños gestos de mostrar su individualidad, hasta llegar a remover los cimientos mismos del movimiento y producir el gran quiebre, que pretende volver a la obra de arquitectura como aquel sujeto que se comunica con un otro sujeto que es quién, y por quién la habita.

La única posibilidad de volver a la comunicación Obra- Sujeto, es considerar al sujeto como un **quién**, es capaz por si propio de avanzar hacia el autoconocimiento, vale decir, el sujeto debe ser un sujeto conciente, alguien que desee conocer y participar activamente de una realidad que no se encuentra totalmente construida, sino que por el contrario, requiere de su participación activa para **arquitecturizar** el mundo.

Aquel que cobija el habitar del hombre no puede ser un objeto. Es un sujeto conciente que se relaciona con un otro sujeto conciente.

El Proyecto Autónomo: La Disolución de la Arquitectura.

Tal como se presentó en la primera parte de este bosquejo, tradicionalmente el **proyecto** de arquitectura, vale decir aquel conjunto de representaciones gráficas, fueron entendidas como un precedente, un antes de **obra** de arquitectura, que era aquella instancia materialmente sensible y construida que ocupaba un espacio específico en un tiempo determinado.

Vale decir, aquello que denominamos proyecto, no era una realidad independiente de la obra, sino que muy por el contrario, era la instancia de la reflexión, del estudio acabado, por así decirlo; el laboratorio o taller de experimentación, de un algo inexistente que debía en algún instante transformarse en una realidad sensible, es decir siempre teniendo como destino final la obra material.

El proceso por el cual la arquitectura es posible entenderla ya no como una obra construida, con todo el compromiso que ello involucra, si no que arquitectura también es el conjunto de planos y de representaciones, que en este caso dejan de serlo y se transforman en lo **presentado**, dejan a ésta en un campo de lo **indeterminado**, desde donde es posible el discurso de una autonomía, por cuanto desde esta afirmación la arquitectura ya no se debe a un ser usuario independiente y que posee necesidades que requieren de un cobijo para ser.

La crisis, o puesta en duda de la arquitectura como aquel ser que cobija el habitar del Hombre, se basa centralmente en la concepción de la actualización de la autonomía del Arte.

El proyecto como una instancia de representación de una realidad que solo será tal en cuanto el proyecto se haga materialmente sensible, es decir cuando el proyecto se transforme en **una Obra de Arquitectura**.

Incluso reafirmando esta aseveración, aquellos arquitectos llamados **utópicos**, que hicieron su contribución a la discusión desde proyectos no construibles, fijaron su atención

precisamente sobre esa característica de proyecto de sus proposiciones. Vale decir, siempre fueron considerados como proyectos, no como obras de arquitectura. Distinto es, que hoy día, desde una posición contemporánea se quiera hacer una lectura diferente y pensar que aquellos proyectos tenían un valor como obras de arquitectura. Es una posición, no la de este trabajo, que postula que aquellas proposiciones utópicas, precisamente deben su carácter de tal, a su postura de proyecto irrealizable, idílico si se quiere, pero no como obra de arquitectura, puesto que ésta se verifica en cuanto **obra materialmente erguida en el espacio y en un tiempo determinado**.

Como proposición abiertamente contraria a lo expuesto en el capítulo anterior, en cuanto a que el destino de la arquitectura, su misión, no sería otra que **dar cobijo al habitar del hombre**, aparece en la escena de la fundamentación de la arquitectura una proposición que la disloca completamente de este planteamiento, esto es : proponer una autonomía de lo proyectado.

Despojar a la Arquitectura de su compromiso con el SER QUE HABITA el mundo, haciéndola comparecer solo ante sus propias leyes internas, ha pretendido producir una liberación de ésta, que pudiera llevarla hacia amplios espacios de libertad que le permitiesen abrirse hacia nuevos espacios no explorados.

Es decir el campo se expande mas allá de lo conocido hasta ese momento, pudiendo, la disciplina, entrar en otros ámbitos y hacerse cargo de otras consideraciones distintas a las que tradicionalmente debió responder, pero en ese mismo acto y por consecuencia del mismo, despojarse de toda atadura con su compromiso pasado.

La atmósfera donde se desenvuelve esta cuestión es de tal naturaleza que aparece como la pregunta clave de estas consideraciones: ¿por qué la arquitectura debe hacerse cargo del habitar del hombre sobre esta tierra? o planteado de otra modo: ¿es posible que hoy día *algo* sea capaz de hacerse cargo de *cualquier cosa*? La respuesta a esta interrogante no es lo que importa, lo verdaderamente significativo, es que hoy es posible realizar esta pregunta.

Hoy es posible, al menos para algunos arquitectos asumir que la obra de arquitectura no es tributaria ni dependiente de un sujeto preexistente, e incluso mas aún; la arquitectura no tiene ninguna capacidad de hacerse cargo, no solo de un sujeto específico, sino que de ningún sujeto en general.

Por consiguiente, la obra es solo tributaria del arquitecto que la realiza y de sus propias leyes internas - (las de la obra) -.

En la perspectiva entregada por el advenimiento del próximo siglo, y con la certeza de la derrota de las utopías que pretendieron armar éste, es absolutamente comprensible el sentimiento de derrota y de frustración que anima, (si es que puede decirse de ese modo) los sentimientos del hombre actualmente.

Un sentimiento de derrota y frustración que ha sido escondido tras la invisible capa de la inconsciente pasividad ante los hechos del mundo.

Despojado de todo compromiso.

Auto liberado de toda carga que signifique algún conocimiento del **otro**.

La existencia solventada en la pasividad individual, equivalente a la nada com-placiente del todo ya realizado.

Desde esta perspectiva el decir arquitectura varía completamente, ya no es arquitectura solo la obra erguida en el espacio, también lo es, de igual modo el conjunto de dibujos, esquemas, croquis que conforman la presentación del edificio. Conscientemente no he utilizado la palabra **proyecto** para referirme a este conjunto de constructos, para evitar cualquier referencia semántica a la idea de que aquello no es mas que una representación de algo que si va a **ser** cuando se manifieste materialmente; una vez construido.

No, para aquellos que sostiene esta autonomía de la arquitectura, el conjunto de las llamadas **representaciones** - ya que en estricto rigor son lo que presenta la obra, o mejor aún es la obra misma - tiene tanto o mas valor que la obra materialmente erguida. Aún mas, al no depender de un sujeto que la re-quiera, ésta, la obra, se puede encaminar hacia la exploración total de campos inexplorados, precisamente por su atadura con éste sujeto.

La obra de arquitectura liberada de su compromiso con el sujeto.

La obra de arquitectura sujeta solo al que hacer utópico del que proyecta.

La pregunta sería: ¿qué significación puede tener esta ampliación de campo del concepto arquitectura?

Vale decir es algo que en verdad puede ser importante o es tan solo un cambio semántico en la interpretación del término **arquitectura**.

¿Cuales podrían ser las implicancias de esta ampliación de campo, si es que las hubiera?

¿Que hace que la arquitectura se pueda validar así misma como una disciplina independiente de otras, y desarrollar una materia propia?

Intentaré una primera aproximación.

Habría que partir por definir la supremacía imperante en la proyectación, esto es, que es aquello que está en la base, en el sustrato que desenvuelve la actividad de la disciplina, que en principio aparece como lo sustentable, lo que la hace pertenecer y ser en sí misma una entidad capaz de ser distinguida de otras.

Si es que hay algo que distingue a la arquitectura de las demás artes, es aquella cualidad de que ésta envuelve y afecta absolutamente el que hacer humano. La presencia materialmente sensible de la obra no deja incólume al habitante, para bien o para mal, según sea la calidad de la obra, ésta siempre será presencia afectante que interactúa con aquél sujeto que la habita.

Pero entonces que decir de aquella **obra** de arquitectura que no llega a la categoría de **edificable**, independiente de los motivos que ésta tenga para no entrar en dicha categoría.

Intentar nuevamente, pero ahora una otra aproximación.

Lo que hace que la arquitectura se pueda conformar como disciplina independiente y reconocible como tal, es su carácter de autonomía y libertad que esta adquiere en relación con el campo donde se aplica. Lo realmente valioso en la obra de arquitectura es su capacidad de explorar nuevas posibilidades, incluso aquellas que hoy nos pueden parecer como irrealizables. No importa, por cuanto, aquella característica que no corresponde a un tópico del que haya que hacerse cargo.

Si traemos a consideración los antecedentes previos de la historia de la arquitectura, aquellos que precisamente he llamado la dictadura del **movimiento moderno**, con sus utopías racionalistas impuestas por sus sacerdotes doquier a sangre y fuego sin importar las realidades individuales e históricas de los diferentes pueblos que tuvieron que soportar semejante invasión y ruptura con su pasado, aparece como coherente una posición que reniega precisamente de aquella condición de **útil** de la obra de arquitectura, y que requiera de una liquidación de aquel sujeto esclavizante que la amarró y confinó a ser solo una disciplina **resolvedora** de puzzles funcionales.

Pero, y esta es la pregunta que considero verdaderamente importante, si todo está afirmado en su condición de autonomía y de libertad de aquél que proyecta, entonces me parece válido preguntarse ;¿desde dónde, aquél sujeto que proyecta se ha erguido como un sujeto independiente capaz de sustentarse a sí mismo como alguien que proyecta ? o dicho de otra manera ;¿es posible que aquél sujeto tenga existencia per sé ?

Aquel que proyecta, puede ser lo que es por la existencia de un **otro** que le otorga aquella existencia.

La mera existencia de si mismo se basa en la existencia de un otro, de un sujeto que es porque un otro lo construye.

Al remitir mi existencia, o mi sentido existencial, a un otro, no puedo ahora ignorarlo y regir mi quehacer solo por aquello que tenga sentido par mí. Desde ese momento ya no es posible ni siquiera el plantear aquella posibilidad, por cuanto me encuentro indisolublemente unido a aquella otra existencia.

Mi existencia individual, con todo lo que esta palabra involucra, a partir de un otro. Por consiguiente aquello que yo, como proyectista, hago en el mundo, debe partir de aquella consideración previa.

¿Cómo es posible entonces plantear una obra que autónoma encerrada en sí misma que no considere, pueda a la vez estar al servicio de?

No me parece posible, puesto que la mera consideración de la otra individualidad altera y conmueve mi trabajo.

No puede sustentar una realidad autónoma, sino que por el contrario: compartida.

Planteado de otra manera, no es que la arquitectura deba **servir** a algo, como lo postulaba el **movimiento moderno**, el caso es un poco más complejo.

La complejidad radica precisamente en la infinita posibilidad que posee la arquitectura, en cuanto también son infinitas las posibilidades de apertura que posee la existencia

humana en la búsqueda de caminos que vayan desde si propio, del único, hacia el encuentro de un otro propio, también único.

En la existencia de esta multiplicidad de únicos y propietarios de aquella unicidad, radica precisamente la posibilidad de la relación y descubrimiento.

La pregunta que aparece es aquella que interroga por la posibilidad concreta de superar ambas posiciones.

- la arquitectura como un útil que debe hacerse cargo de las necesidades físicas del hombre.
- la arquitectura como una realidad que supera el ámbito de lo construible y se expande mas allá de la realidad física del soporte.

El hecho que hoy sea posible plantear la disolución de la arquitectura, o lo que es lo mismo la autonomía del proyecto con respecto a su posibilidad de transformarse en una obra materialmente sensible, remite a una condición actual del pensamiento que ha ido tomando cuerpo en la institución, pero que se ha generado fuera de ella.

Hay una concepción específica, no solo del ser de la arquitectura, sino que mas profundamente, en esta posibilidad radica y se estructura una concepción de las posibilidades humanas.

Por consiguiente, podría sostener que la posibilidad de esta sentencia, está dada por un sustrato ideológico que la sustenta y que se remite a la evolución del pensamiento contemporáneo.

Entonces el camino que supere ambas posiciones, tal como o planteaba, mas arriba, sería la posibilidad de encontrar una concepción del hombre que sea marginal a la institución imperante en este siglo y que expanda la concepción del hombre mas allá de su realidad física.

Un hombre que supere sus límites corporales y se expanda mas allá de las concepciones materialistas y reductivas, y que incorpore así mismo aquellas realidades no sensibles pero si afectantes.

El arquitecto, entonces como un sujeto incorporado a una trama histórica, que además lo valida en cuanto tal, no puede sustraerse a esta noción de absoluto compromiso con el otro, aquél otro que no solo influencia mi actuar, sino que mas profundamente, me hace existir.

La obra de arquitectura debe remitirse y no solo eso, debe ser capaz que aquella individualidad única pueda ser acogida por una obra proyectada por una otra realidad única y diversa.

La disolución de la arquitectura no es otra cosa que pretender la disolución del otro en cuanto sujeto - **un tú** - y la implantación de **un único yo**, poseedor de toda institución generadora de poder.

La Búsqueda de Sentido en el Proyecto de Arquitectura. (Un bosquejo)

¿Cuál debiera ser el camino que aborde el proyecto, a partir de la pérdida de sentido? O tal vez la pregunta debiera ser: ¿Tiene algún sentido el proyecto de arquitectura hoy?

¿Es entonces la arquitectura deudora, o mejor dicho, depositaria de esa carencia de sentido que impera hoy en día, y si así fuese, su sentido sería precisamente hacer “cómplice” con esa falta de sentido, o por el contrario debiera ser otra mirada capaz de superar ese sin sentido?

Si la arquitectura siempre ha sido, y de hecho, se podría afirmar que “no es mas”, que FUNDADORA DE LUGAR. Es lícito preguntar que ha ocurrido para que hoy se pueda hablar del NO LUGAR, como el AQUELLO en que nos encontramos sumergidos.

Cabría en este punto hacer una distinción, que no es menor, al contrario, según mi parecer, es vital, digo habría que distinguir entre el CUERPO CONSTRUIDO y el HECHO ARQUITECTÓNICO, es decir, no todo lo que se yergue en el espacio es ARQUITECTURA, aunque si es un cuerpo construido y con el cual nos relacionamos.

Hay en esta distinción *cuerpo construido-hecho arquitectónico*, la concepción que el cuerpo de la arquitectura es un cuerpo ingrátido, no material, aunque se expresa materialmente.

Es en esta paradoja donde reside la profundidad de la dificultad de entender el sentido actual del proyecto de arquitectura.

De hecho, es el significado que adquiere el cuerpo construido lo que lo verifica como un hecho arquitectónico. Pero este significado no es una exterioridad que se le agrega, muy por el contrario, es parte constitutiva del SER arquitectura, es lo que lo vivifica, por consiguiente es originaria del proyecto.

La pérdida de sentido, es desde el punto de vista de este trabajo, la pérdida del LUGAR, la pérdida del suelo desde donde contemplar el universo.

La disgregación, la disolución, la desconstrucción, son todas “realidades” del no lugar.

Y aunque parezca contradictorio, esta pérdida de lugar, contiene en si misma un aporte central para el proceso de fundamentación de una nueva aproximación al proyecto. Esto es la ruptura del LUGAR, como el “espacio de la institución dominante”. Es decir, nos encontramos, en un punto desde el cual están abiertas infinitas posibilidades de reconstrucción, sin que ninguna aparezca *per se* como aquella que se erige a sí misma como la única.

¿Qué es lo que se ha perdido en esta pérdida del Lugar, el sentido de la historia, los grandes relatos, el pensamiento fuerte, la metafísica, el sentido de la trascendencia, los dioses, el ser?

Si es que algo se ha perdido, ¿significa que existía, y que por consiguiente es posible encontrarlo, o se trata de una pérdida permanente y absoluta?

Y si así fuese, ¿deberemos conformarnos para siempre sólo con la ausencia?

La pérdida del sentido, la estoy entendiendo en este trabajo como la pérdida del lugar, siendo la construcción de lugar, que como se ha planteado anteriormente, el AQUELLO propio de la Arquitectura. Ahora bien el Lugar, en cuanto construcción, entonces debe su existencia, en cuanto Lugar *conocido y significativo*, no solo a su componente física topológica, si no mas bien precisamente a su aspecto del significativo, que es aquél que lo tematiza.

El espacio no existe en cuanto preexistencia esencial absoluta y autónoma, más bien se podría decir que son los Hechos Arquitectónicos los que le dan sentido y de ese modo construyen lo que denominamos espacio, caracterizándolo de diversos modos, precisamente de acuerdo a las diversas experiencias que el Ser manifiesta y a la vez expresa en dicha construcción.

Es el Hombre, el que a través de elementos materiales (planos horizontales, verticales, inclinados, perforados, excavados, virtuales, ausentes etc.) construye sentido que se expresa espacial y temporalmente en lo que después y solo después de dicha construcción, podemos denominar LUGAR.

Esta dualidad soporte construido- hecho arquitectónico, pone en manifiesto que la arquitectura no es un *algo* que sea inherente al soporte, si no mas bien *aparece*, o sea es un fenómeno de presencia, y que en tanto tal, lo es también de ausencia.

¿Qué es o que debe *aparecer* para que se pueda verificar la arquitectura?

Llegado a este punto, es preciso aclarar que de lo que estamos hablando tiene poco o mas bien nada que ver, con los estilos, o el gusto, o lo bonito, o lo feo etc. De lo que estamos hablando es de un fenómeno mas profundo, es lo que estamos entendiendo por sentido.

Lo que construye Lugar son los HECHOS ARQUITECTONICOS que son posibles de leer dentro de un campo indeterminado y que lo determinan, por lo tanto hay por de pronto un cambio en su calidad de lectura.

Toda obra de arquitectura construye sentido, poetiza los hechos arquitectónicos en una dinámica totalizadora reciproca y cíclica, dada por las variables de **LUGAR Y PROGRAMA**, unidad plural que configura una nueva realidad.

Por consiguiente toda Obra de Arquitectura es Fundante, es decir tiene la capacidad de crear nuevos mundos.

Sólo por fines de análisis los aspectos Lugar y Programa son analizados separadamente.

La obra proyectada se ubica en un lugar, pero a su vez ella es en si misma una construcción de Lugar, cuyo contenido está determinado por el Programa y que se expresa sensiblemente a través de un lenguaje.

Entendemos que todo aquello a que llamamos LUGAR es una construcción, que hoy se nos presente como algo DADO, es solo producto de nuestra situación temporal, vale decir del devenir histórico, puesto que los signos que hoy podemos leer y que lo constituyen como tal, fueron colocados por otros hombres anteriores a nosotros.

Consecuente con esta proposición distinguiremos dos estados de Lugar:

1.- LUGAR como lo Pre-existente:

Lo existente, capacidad para distinguir un Lugar, que va más allá de la sola percepción visual, es una instancia que condiciona al cambio, "Aquel punto en que algo deja de ser una cosa para ser otra", una singularidad dentro de una pluralidad existente.

El sujeto requiere generar pausas en su entorno...donde se centra, se orienta e identifica, condición que no solo asume una condicionante formal, sino una existencial por cuanto es todo lo que tiende a localizar y globalizar al individuo (cultura). Es sin duda un tejido de relaciones que acontece, una dependencia con el mundo que nos rodea, una relación de aprendizaje estrechamente vinculada al mundo afectivo

La nominación Lugar singular, en sus dimensiones:

a.- Espacial y formal: Forma, geometría, topografía, relieve, orientación, vistas, materialidad, vecindad.

b.- Significante existencial: Estructura, trama, tensiones, leyes de orden, vocación, destino.

c.- Histórica Contextual: Idea, utopías, políticas etc., que fueron capaces de estructurar una tensión que se concreta materialmente en una realidad pre-existente.

2.-LUGAR como lo a construir: Bases del Programa:

El programa arquitectónico como un aquello previo al proyecto, -pero parte fundamental de éste- como una realidad conceptual capaz de contener en si mismo la construcción de sentido, a través de proposiciones que den cuenta del destino de la obra.

El Programa como el pensamiento que totaliza -engloba- el QUE y el CÓMO de lo que se propone. Aquello que cualifica y cuantifica. Una intención en perspectiva. Esto es, explicitar los hechos arquitectónicos que le dan sentido a la propuesta, hechos que a su vez se expresarán en una proposición arquitectónica, a través de un lenguaje propio, después de una serie de operaciones, lo que no implica un procedimiento único.

El Programa debe necesariamente incluir:

1.-El sentido de la Proposición.

2.-Estructura Interna del Proyecto.

3.-La Habitabilidad, entendida como el Ser de los Hechos Arquitectónico.

4.-La Recintualidad: dimensionamiento, jerarquías, sistemas de relaciones, operatividad, etc.

5.-Lenguaje como la concreción material de la proposición.

El proyecto de arquitectura, como constructor de Lugar, deberá preguntarse un nuevo sujeto, otro quién con el cual entablar el dialogo.

Un sujeto que supere la reducción del Movimiento Moderno, pero que también sea capaz de reconstruirse desde la aniquilación a la que fue sometido por aquellos que vinieron después de *los modernos* a instituir la idea de la muerte de todo lo trascendente.

Esta construcción, más bien diría, es la recuperación de las aperturas anímicas propias que fueron abstraídas por las concepciones materialistas y reduccionistas que son las que imperan en la Institución actualmente, entonces habrá que caminar por los márgenes de

lo institucional para poder encontrar –de hecho como siempre ha sido- otra imagen del Hombre.

Del mismo modo como el SER se ausenta, ocultándose, y solo se manifiesta de un modo diríamos extraordinario, del mismo modo, la arquitectura vive tras el soporte construido, oculta, pero se manifiesta en tanto hay un otro para quién manifestarse. Para que aquello acontezca debe poder realizarse un dialogo entre la obra de arquitectura y el sujeto que la habita. Ese dialogo solo puede estar fundado en la construcción de sentido, pues el sentido es lo que comparten sujeto y obra, es el Aquello que poseen en común.

Este sentido, es el sentido de la trascendencia, pero no vivida como exterioridad, como un mas allá de nuestras propias fronteras, es arquitecturizar el modo humano, mas humano en cuanto es el modo de vivificar los contenidos de un hombre que es uno y que reúne en sí mismo sus dimensiones, físicas, anímicas y espirituales.

No se trata de una vuelta nostálgica a un pasado protegido por los dioses, y en donde todo tenía sentido en cuanto éste estaba puesto precisamente en los designios divinos. No, más bien se trata de recuperar por el hombre todas sus capacidades que fueron reducidas solo al ámbito material cuantitativo por los precursores de la modernidad. Se trata precisamente del trabajo de construcción de sentido, en cuanto éste, el sentido, solo lo es, en cuanto se construye, pero no como una externalidad, si no muy por el contrario como una parte esencial de nosotros mismos, lo mismo que la arquitectura, que es nuestro modo de habitar esta tierra.

De este modo, el proyecto de arquitectura, tanto en sus dimensiones de Lugar y Programa, debe tener presente un sujeto con el cual entrar en dialogo a través de todas sus aspectos, pero no solo tener presente, mas bien diría, debe tener una relación Ética con el, en cuanto un otro que es su responsabilidad.

Y si esa relación ha de ser en entera libertad, debiera ser una relación lúdica. En donde el juego que se juega es precisamente el juego de la búsqueda y del encuentro, solo en ese juego del descubrir, del interrogar el hombre se puede desplegar en toda su complejidad.